

**Alejandro H. Del Valle**  
*Universidad Nacional de Mar del Plata*

**Micaela J. Del Nero**

*Universidad Nacional de Mar del Plata / Ni una Menos Gral. Alvarado*

# Desde la abyección al pos marxismo: de personas, cyborgs y otras hibridaciones

Fecha de Recepción: 6 de agosto de 2020

Fecha de Aprobación: 12 de diciembre de 2020

**Resumen:** Se suele afirmar que el sistema sexo-género hace referencia a las formas de relación establecidas entre mujeres y hombres en el seno de una sociedad. En efecto, la idea de que existe un sistema sexo /género presenta utilidad para analizar a las relaciones producidas bajo un sistema de poder que define condiciones sociales distintas para mujeres y hombres. En el presente artículo cuestionamos la existencia de un sistema de sexo/género y nos oponemos a la creencia de que existe una genitalidad de orden biológico o sexual. Para ello, el texto recupera parte de los planteos posfeministas y los relaciona con la actual distribución del poder en el sistema académico científico.

## Alejandro Hugo Del Valle

Posdoctorado en Estado, Derecho y Políticas Públicas por la Universidad Estadual de Ponta Grossa, Brasil. Doctor en Sociología por la Universidad de Barcelona, España. Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Misiones, Argentina. Ha desarrollado de manera sostenida investigaciones en el campo del estudio de los sistemas de protección social, enfatizando el estudio en los países latinoamericanos. Desde 2010 participa en grupos de investigación radicados en Brasil y dirige proyectos de investigación radicados en Argentina, en ambos casos, todos vinculados a los cambios en los sistemas de protección social en los países del MERCOSUR.

## Micaela Julieta Del Nero

Estudiante avanzada de la Licenciatura en Trabajo Social - Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria de Investigación por la Universidad Nacional de Mar del Plata y del Consejo Interuniversitario Nacional. Ha desarrollado investigaciones sobre la intervención estatal en el campo de la inclusión social y los diferentes modelos de ciudadanía que surgen a partir de los mismos. Asimismo, investiga sobre las cuestiones de géneros, y las desigualdades existentes al respecto, analizando nuestras sociedades heteropatriarcales que reproducen modelos basados en la injusticia social, la opresión y la violencia machista

---

© Alejandro Hugo Del Valle; Micaela Julieta Del Nero. Publicado en Revista Novapolis. N° 17, Diciembre 2020, pp. 63-84. Asunción: Arandurá Editorial. ISSN 2077-5172.

**Palabras clave:** posfeminismo; materialismo, género, genitalidad.

**Abstract:** Usually, we accept that the sex-gender system refers to the forms of relationship established between women and men within a society. Indeed, the idea that there is a sex / gender system is useful for analyzing the relationships produced under a system that defines different social conditions for women and men. In this article we question the existence of a sex / gender system and oppose the belief about genitality of biological or sexual order. The article, recovers part of the post-feminist approaches and relates them to the current distribution of power in the scientific academic system.

**Keywords:** posfeminist; materialism; gender; genitality.



## **El género como teoría: la abyección como ruptura epistemológica**

El género es una categoría analítica que agrupa a un conjunto heterogéneo de análisis, teorías y métodos que toman en consideración que existen construcciones culturales y sociales propias para las mujeres y para los hombres. Éstas construcciones, identifican lo femenino (mujer) y lo masculino (hombre) (Chávez Carapia, 2004: 179).

Calvo, (2012: 276) insiste en que existen imprecisiones en términos tales como «estudios de género»; «mirada de género»; «enfoque de género»; para ella, su utilización se remonta a la Cuarta Conferencia sobre la Mujer celebrada en Pekín en 1995. Desde allí, se habían desarrollado una serie de incorporaciones y debates en torno al rol de la mujer en dicho marco, aunque enfoques recientes incluyen también estudios sobre los hombres y lo masculino, o su análisis desde el lesbianismo, el masculinismo y la homosexualidad. (Freeman, Chinkin & Rudolf eds., 2012).

La teoría del género tal como la entendemos, sostiene la no existencia de unas desigualdades biológicas entre hombres y mujeres y afirma que toda desigualdad no debe ser confundida como diferencia. Ésta última, está determinada por factores inherentes al cuerpo, pero esos factores se encuentran culturalmente mediados, por lo que, si existe alguna diferencia morfológica, ésta no debería ser significativa. La diferenciación entre masculinidad / feminidad es una diferencia cultural.

Partiendo de la afirmación anterior, Grosz (1990) critica las tesis Lacanianas. Para la autora, las teorías de Lacan sobre la sexuación se apoyan en organizar a la feminidad y a la masculinidad de acuerdo con las diferentes estructuras inconscientes. Según Lacan, tanto los sujetos masculinos como los femeninos participan en la organización «fálica».

Desde la perspectiva femenina, la sexuación es «suplementaria», no principal ni complementaria (Lacan, 1978). La sexuación es, entonces, el desarrollo de los roles de género y los juegos de roles durante la infancia. Grosz (1990), cuestiona los conceptos de identidad de género como innato o biológicamente determinado y argumenta que estos son el resultado de la lógica signifiante en el juego y la satisfacción asociada. De allí la acusación de sexista hacia Lacan<sup>1</sup>. Ettinger (2006), entre otros, retoma el mismo trabajo de Lacan y, sobre éste, desarrolla la teoría del género. El argumento central es que fuera de las construcciones culturales no habría diferencias entre mujeres y hombres y el género humano estaría formado por personas iguales.

Blechner (2009) ha planteado la necesidad de expandir los puntos de vista psicoanalíticos sobre el sexo y el género, principalmente a través de su tesis sobre el «fetiche de género» en la sociedad occidental. Su argumento es que este «fetiche de género» produce que se le dé una enorme y desproporcionada atención al género de las parejas sexuales sobre otros factores que intervienen en la atracción sexual, como la edad o la clase social y la personalidad<sup>2</sup>.

Kristeva (1982: 32) plantea la tesis de la abyección como principio estructural de las relaciones: «...Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí está, muy cerca, pero inasimilable. Eso solicita, inquieta, fascina el deseo que sin embargo no se deja seducir. Asustado, se aparta. Repugnado, rechaza, un absoluto lo protege del oprobio, está orgulloso de ello y lo mantiene. Y no obstante, al mismo tiempo, este arrebato, este espasmo, este salto es atraído hacia otra parte tan tentadora como condenada Incansablemente, como un bumerang indomable, un polo de atracción y de repulsión coloca a aquel que está habitado por él literalmente fuera de sí...»

Lo abyecto es definido por Kristeva (1982), en ese párrafo que inicia con el título «Ni sujeto ni objeto», como aquel objeto expulsado que se opone al sujeto, pero que al mismo tiempo ejerce atracción sobre él. Dicho objeto es una amenaza para el sujeto, al constituirse como un polo de atracción que repulsa en tanto perturba una identidad, un sistema o un orden. Por

---

1 Suniga (2015) ha realizado una síntesis sobre la crítica que Butler desarrolla sobre el sexismo en Lacan.

2 Años atrás, en Blechner (1995) había propuesto que las palabras «homosexualidad» y «heterosexualidad» sean prefijos, dependiendo del nivel de diferencias o semejanzas existentes entre quienes conforman la pareja. La «edad heterosexual» indicaría una atracción entre personas de diferentes edades, por ejemplo. Lo que convencionalmente se llama «heterosexualidad» podría llamarse según nuestra traducción «heterosexualidad de género».

consiguiente, lo abyecto es aquello que no respeta los límites y las reglas, es lo ambiguo, lo mixto que escapa a la pureza de la identidad definida y única; de allí que los fenómenos sociales y simbólicos que evidencian de algún modo esta ambigüedad sean percibidos como abyectos<sup>3</sup>.

Los seres abyectos, somos definidos en virtud de normas sociales arbitrarias y biológicamente insostenibles. Por ende, existe una estructura sexualizada de la vida, y esta estructura sexualizada incluye, con sus particularidades, a la ciencia y a todo el edificio académico de nuestro tiempo. Somos el resultado de una violencia antropológica original que dio lugar a un modelo civilizatorio que, según Kristeva (1982), estructura la subjetividad sobre la abyección de la madre y sostiene que la forma en la que un individuo la excluye —o desprecia— como medio para formar una identidad, es similar a la manera en que las sociedades se construyen. Kristeva (1982) sostiene que las culturas patriarcales, al igual que los individuos, tienen que excluir lo maternal y lo femenino, para que puedan llegar a existir como culturas patriarcales.

De este modo, en la formación de la subjetividad se excluye «lo otro» como muestra de lo abyecto del sujeto. Toda figura corporal poco delimitada, como la del homosexual, o el bisexual, es rechazada por ser calificada de abyecta. Esta exclusión, define el campo de lo que se considera «humano» y de su opuesto. En este sentido, Kristeva (1982) retoma el planteo de Lacan cuando afirmaba que la construcción del sujeto está cimentada sobre un conjunto de privaciones que niegan la posibilidad de inserción cultural de otras manifestaciones.

Más que una construcción de lo humano, la historia del hombre y su lenguaje ha sido (y alguna vez también dejará de ser) una construcción heterosexualizada de lo humano. Por esto, la construcción humana de la conciencia es una operación diferencial que produce: lo más o menos humano, lo humano y lo humanamente impensable.

La exclusión se constituye como ambivalencia, como una zona gris en el difuso límite entre lo humano y lo que está más allá, lo inconfesable, lo inhumano que hay en nosotros. Kristeva (1982) argumenta que existen zonas abyectas dentro de la socialidad<sup>4</sup>, zonas de inhabilitación para el sujeto,

---

3 En términos de las perspectivas distópicas actuales, tan bien tematizadas por la industria cinematográfica, la saga *Divergente* expresa los motivos por los que ningún sistema que se estructura sobre la diferencia puede aceptar la existencia de lo abyecto. En ese caso, lo divergente es lo abyecto.

4 Kristeva (1982) distingue tres fases para la abyección: 1) la oral (residuos de comida), 2) la anal (desechos corporales), y 3) la genital (signos de la diferencia sexual: pene/vagina). Estos orificios funcionan como demarcación entre lo que le pertenece al cuerpo, y lo que por

pues este las considera como una amenaza para su integridad. De manera que, estos seres «no humanos», no solo serán rechazados y excluidos por la norma reguladora de lo social, sino que serán desprovistos de su dignidad.

Las conductas sexuadas que infringen el régimen binario de las sexualidades son un ejemplo, puesto que la división de los géneros funciona como un dispositivo de reproducción del orden social que estas conductas amenazan. Es esta amenaza la que empuja a las instituciones sociales a expropiar de estos grupos humanos, la condición o estatus de sujetos, ya que, según Judith Butler (2002) y Haraway (1995), son justamente las instituciones las que construyen a los sujetos y al no depender de estas ni de los discursos sociales, se genera un área de marginalidad.

### **Preformación, género y otras ficciones reguladoras.**

La noción de abyección pone en el centro del debate a toda la producción intelectual del occidente moderno ya que, la superación de las nociones binarias implicaba que era necesario diferenciar al sexo y al género asociados a lo biológico y cultural respectivamente. Las hormonas, los genes y, la morfología serían los indicadores para cifrar la identidad sexual de un sujeto, y la psicología y la sociología darían cuenta de su adscripción a un género u otro<sup>5</sup>.

Butler (2001) afirmará que el discurso de la identidad genérica no es más que una ficción reguladora sin bases biológicas, pero con utilidad práctica al paradigma masculino de dominación. El género es una construcción social y, por lo tanto, es irrelevante la diferencia sexual como generador de una política subversiva. La búsqueda de identidades sexuales binarias refuerza la discriminación sexual y perpetúa roles asociados al sexo: «... *El género es una construcción cultural; por consiguiente no es ni resultado causal del sexo ni tan aparentemente fijo como el sexo... Al teorizar que el género es una construcción radicalmente independiente del sexo, el género mismo viene a ser un artificio libre de ataduras; en consecuencia hombre y masculino podrían significar tanto un cuerpo femenino como uno masculino; mujer y femenino, tanto un cuerpo masculino como un femenino...*» (Butler, 2001: 6)

---

incumbir al mundo exterior debe ser apartado de él, teniendo en cuenta, obviamente, algunas circunstancias socio-culturales.

- 5 Visto desde esta perspectiva, Masculino, femenino y transexual serían tres opciones sexuales a partir de las cuáles podemos distinguir entre datos biológicos y género en la sexualidad. Es decir, no queda negado que existan diferencias anatómicas entre mujeres y hombres, ni que haya diferencias por sexo en la experiencia del placer erótico. Lo que se niega es que esas diferencias marquen inexorablemente el comportamiento sexual de las personas a lo largo de la vida.

Butler (2001) problematiza el concepto binario de género (femenino/masculino) y sugiere que los actos performativos y repetitivos modelan y definen al género dentro del colectivo social. Estos actos y gestos performativos crean la ilusión individual y colectiva de fabricación cultural que obedece a cánones heterosexuales, de que existen dos géneros organizados, idealizados y deseados. En su trabajo, denuncia la falsa naturalidad del género y propone liberar toda manifestación de género que haya sido excluida de la legalidad y reprimida por no participar dentro del binarismo sexual imperante: gays, lesbianas y bisexuales son inclusiones necesarias para Butler, pues rompen con lo binario y desenmascaran las estrategias manipuladoras y arbitrarias empleadas por la estructura hegemónica de la heterosexualidad obligatoria<sup>6</sup>.

Del planteo de Butler (1990), muchos han indicado que surge la Teoría «Queer<sup>7</sup>» como un proyecto para dar voz a aquellas identidades que habían sido excluidas por el androcentrismo, la homofobia, el racismo y el clasismo de las ciencias. Butler (1990) sostiene que el género es performativo, es decir, es fluido y múltiple y permite a hombres y mujeres actuar libremente en un registro de identidad sexual variable, como heterosexuales, homosexuales, transexuales, bisexuales y travestis.

La mejor manera de romper con el binario «masculino-femenino» –fuente de opresión– es la acción transgresiva. Así, solo desde la parodia de la relación de poder existente (masculina y heterosexual) será posible construir nuevas ficciones susceptibles de apartarse de la sociedad «heteronormativa». La versión más radical de esta teoría reniega incluso del concepto de género, pues no puede haber identidad propiamente tal allí donde no hay una esencia o modo de ser humano. Más bien, cabría hablar de «identidades sociales», comprendidas como absolutamente plásticas y modificables en el tiempo.

---

6 Butler pondrá después, en perspectiva, el papel de los travestis como agentes subversivos de cambio del sistema sexo-género imperante, reconociendo así la actuación de una superestructura social en la que ellos se colocan y cuyos efectos pueden revertir como hipernaturalización del sexo o como pervivencia de la heterosexualidad. «...yo defendía la proliferación de las representaciones travestidas como un modo de subvertir las normas dominantes de género, quiero destacar que no hay una relación necesaria entre el travesti y la subversión, y que el travestismo bien puede utilizarse tanto al servicio de la desnaturalización como de la reidealización de las normas heterosexuales hiperbólicas de género...» (Butler, 2002, p. 184).

7 No existe un modo de traducir el vocablo «Queer» al español o al portugués. Se lo ha intentado traducir como teoría torcida, teoría rosa, teoría marica, teoría transgresora; sin embargo, casi siempre se pierde el sentido preciso de la palabra inglesa (Llamas, 1998). Ser Queer es algo más que ser lesbiana u homosexual. Internaliza el término «abject» (abyecto) como bandera de diferenciación que hace de la diferenciación una bandera. Ser «Queer» es poner de manifiesto el carácter de simulacro que presenta todo reclamo identitario. Butler acepta que la constitución del sujeto conlleva la formación colateral de lo excluido o lo abyecto (Kristeva).

Surge la noción de sexualidades periféricas, entendidas como aquellas que traspasan la frontera de la sexualidad aceptada socialmente: heterosexual, monógama, entre personas de la misma edad y clase, con prácticas sexuales suaves, que rechaza el sadomasoquismo, el intercambio de dinero y el cambio de sexo. En cambio, las sexualidades periféricas están basadas en la resistencia a los valores tradicionales, y al asumir la transgresión muchas veces el precio que se tiene que pagar es el rechazo social, la discriminación y el estigma.

En respuesta a la marginación que está presente en todas las instituciones sociales, desde la familia hasta los espacios educativos y los laborales, la «Teoría Queer» intenta cambiar el sentido de la injuria para convertirla en un motivo de estudio e incluso de orgullo. Así, «ser diferente» se toma como una categoría de análisis para denunciar los abusos que se presentan desde la misma ciencia, ya que los textos científicos han sido, por lo general, elaborados por personas de género masculino, de raza blanca, de preferencia heterosexual, de clase media y religión cristiana.

Las comunidades LGBTQ y Queer, buscan expresar la existencia de personas cuya sexualidad refleja la naturaleza subversiva y transgresora de una mujer que se desprende de la costumbre de la femineidad subordinada, de una mujer masculina, de un hombre afeminado o con una sensibilidad contraria a la tipología dominante, de una persona vestida con ropa del género opuesto. Las prácticas Queer reflejan la transgresión a la heterosexualidad institucionalizada que constriñe los deseos que intentan escapar de su norma: «...*Esto sucede cuando pensamos que hemos encontrado un punto de oposición a la dominación y luego nos damos cuenta de que ese punto mismo de oposición es el instrumento a través del cual opera la dominación, y que sin querer hemos fortalecido los poderes de dominación a través de nuestra participación en la tarea de oponernos. La dominación aparece con mayor eficacia precisamente como su 'Otro'. El colapso de la dialéctica nos da una nueva perspectiva porque nos muestra que el esquema mismo por el cual se distinguen dominación y oposición disimula el uso instrumental que la primera hace de la última...*» (Butler, et al, 2003: 34)

Existe una dinámica de construcción del sujeto por el que éste se constituye en oposición a otras identidades que rechaza. De la misma manera que el psicoanálisis y el discurso del feminismo de la diferencia, encontraba que la mujer era lo otro, en relación a la identidad masculina. Butler plantea que este esquema exhibía una construcción dialéctica por la que la mujer surgía como el negativo del hombre, la carencia y la otra cara de la moneda de curso legal, la consideración de un sujeto que se construye por «...*oposición a lo que no es, nos remite a lo uno y lo múltiple y la incapacidad*

*de definir lo nuevo o la auténtica creación sin remisión a modelos ya existentes...». (Butler, 2002: 184).*

Yo/otro es la representación, es el esquema metafísico por excelencia del pensamiento occidental del que es difícil desembarazarse y, por eso recurre a una estrategia política que apoya su ataque a la identidad como paradigma de comprensión de lo humano<sup>8</sup>.

La oposición entre pares binarios, sostiene Butler (1990), es el modo en que esas formas se materializan y constituyen el proceso por el cual se produce el ser sexuado, proceso que pertenece al ámbito social que moldea según patrones sexuados. La tesis que Butler defiende que el sexo no es dado biológicamente, sobre el cual el género es construido, sino que es un ideal regulativo materializado en el cuerpo a través de reiteradas prácticas normativas. Es decir, solamente en virtud de asumir un sexo es que se nos permite ser sujetos, y se nos permite ser sujetos porque a través del sexo se nos puede sujetar.

El cuerpo, es un esquema vacío, indiferenciado, que llega a materializarse como sujeto sexuado. El cuerpo humano sufre una doble marca que lo conforma: «...*El cuerpo es marcado por el sexo, pero es marcado antes que la marca, la primera marca prepara al cuerpo para la segunda y después el cuerpo es solo significativo sin lenguaje por ser marcado en este segundo sentido. El cuerpo es constituido como significativo sólo a través de la marca...*» (Butler, 2002: 149).

Pero lo que estructura al 'yo corporal' y produce la 'morfología sexuada' es un imaginario. El supuesto yo corporal así edificado es ficticio, lo que no significa que el cuerpo por sí mismo deba ser entendido como construcción social. La construcción del yo como forma desde su materialidad inicial es, por tanto, fruto de una identificación fantasmagórica que sólo obedece a condiciones culturales. Es decir, las condiciones para la aparición de un sujeto no requieren un sujeto dado antes de tal condición.

## **Aportes al posmarxismo**

En un sentido estricto, el planteo de Butler es post feminista, ya que cuestiona las nociones heteropatriarcales binarias y, al mismo tiempo, permite la heteroglosia<sup>9</sup>. Mientras el concepto de abyección de Kristeva significó

8 En cuerpos que importan, Butler (2002), plantea que no se puede fijar a los cuerpos como simples objetos de pensamiento, e insiste en aplicar una dicotomía no aristotélica, no la que relacionaba cuerpo/alma, sino la que distingue forma de materia. Pero, en todo caso, estas oposiciones binarias excluyen un campo de posibilidades disruptivas y son parte del falogocentrismo que identifica la materia como lugar de lo femenino, lo excluido.

9 La heteroglosia (Bajtín) ha sido definida por «el habla en el idioma del otro, que sirve para expresar las intenciones del autor, pero de una manera refractada» (Bajtín, 1981: 324). (Another's

una toma de conciencia del carácter androcéntrico de nuestra vida cotidiana, el planteo de Butler puso en debate a todas las construcciones pos modernas, Haraway (1995) ataca al núcleo mismo de nuestra civilización occidental.

En esta civilización, persiste una tendencia a entender los procesos en términos de pares antagónicos, como si existiese un dualismo ontológico (ser/no ser); o epistemológico (sujeto/objeto); o cultural (naturaleza/sociedad); o racional/irracional. A partir de este dualismo, se estructura lo que denomina «discursos falocéntricos» (Haraway, 1995: 250) donde el logos o la razón y el punto de vista fálico o masculino imperan.

Por este motivo dice: «...el poder político y explicativo de la categoría «social» del género depende de la forma de historiar las categorías de sexo, carne, cuerpo, biología, raza y naturaleza, de tal manera que la oposición binaria universalizante que engendró el concepto del sistema del sexo/género en un momento y en un lugar dados en la teoría feminista, implosiona en teorías de la encarnación articuladas, diferenciadas, responsables, localizadas y consecuentes, en las que la naturaleza ya no es imaginada o puesta en marcha como un recurso para la cultura o el sexo para el género...» (Haraway, 1995: 250).

Con la afirmación «oposición binaria universalizante», desmantela toda la filosofía ilustrada de un sujeto racional unitario y centrado tal como está expresado en la tradición racionalista francesa, porque argumenta que, en rigor, las mujeres no participaron ni fueron invitadas a participar, sino que fueron excluidas del proyecto ilustrado de la razón, ya que estaban excluidas de ese ámbito de racionalidad masculina y relegadas, fuera del ámbito de la cultura, al terreno de lo natural e instintivo que las ligaba con la naturaleza de una manera antirracionalista, según el discurso falocéntrico: «...Ésta es mi posición para una utópica intersección de teorías feministas sobre el género, multiculturales, «occidentales» (de color, blancas, europeas, americanas, asiáticas, africanas, del Pacífico), incubadas en extraños parentescos con heredados dualismos binarios contradictorios, hostiles y fructuosos. El falocentrismo era el

---

speech in another's language, serving to express authorial intentions but in a refracted way). El término heteroglosia hace mención a la coexistencia de diferentes variantes lingüísticas dentro de un mismo lenguaje, a los conflictos generados en la relación, a diferentes tipos de habla, a diferentes tipos de narrador y a diferentes tipos de autor. Bajtin, también utiliza el concepto de expresión híbrida (hybrid utterance): un discurso basado en la yuxtaposición de dos enunciados que producen contradicción y conflicto entre los sistemas de creencias. En otras palabras, se trata de un modelo «donde la estructura literaria no sólo existe, sino que es generada en relación a otra estructura». El uso del lenguaje está condicionado por el sometimiento a un código de comunicabilidad, pero también, y sobre todo, por la situación espacio-temporal e histórico-social en la que se encuentra. Estos tres polos -el individual, el discursivo y el ideológico- establecen un complejo diálogo a diferentes niveles de abstracción que Bajtin denomina «heteroglosia».

*óvulo liberado por el sujeto dominante, la gallina que empollaba los polluelos permanentes de la historia. Pero en el nido, junto con ese huevo literal, ha sido colocado el germen de un fénix que hablará todas las lenguas de un mundo puesto patas arriba...»* (Haraway, 1995: 250).

El planteo de Haraway deja en evidencia al discurso posmoderno que, incluso en su variante deconstructiva, es el discurso de hombres blancos y de clase media socialmente representados como heterosexuales. Sea el sujeto entendido como un efecto del discurso/poder (Foucault) o como una posición en el lenguaje (Derrida) nunca se trata de sujetos imparciales. Toda esa densa producción teórica que tantas horas nos consume, no es nada más que otro discurso de hombres blancos y privilegiados de Occidente que continúan cuestionándose la Ilustración y que ejercen sus críticas tratando de imponer una nueva ilustración.

El varón adulto heterosexual posmoderno, ese varón que presume de su lectura de Derrida y de horas de psicoanálisis para deconstruirse, ese varón, cuando lee a Haraway, no puede menos que indignarse, porque descubre que según estos hombres adultos y caucásicos franceses: «...*El género estaba situado firmemente en una problemática individualista dentro de la amplia «incitación al discurso» (Foucault, 1976) sobre la sexualidad característico de la sociedad burguesa, controlada por el hombre y racista...*» (Haraway, 1995: 224).

Las posiciones de la deconstrucción derridiana y su reclamado sujeto descentrado o fragmentado, luego de Haraway (1995), tienen sobre ellas la responsabilidad de haber deshecho la idea de identidad favoreciendo el nacimiento de identidades múltiples y deslocalizadas pero que, en el contexto de la sociedad actual, lo que hacen en el plano de la praxis, es multiplicar aún más las diferencias, pero dejando intacto y sin poner en debate la diferencia sexual<sup>10</sup>.

Ni los marxismos ni los liberalismos están exentos de la crítica androcéntrica, ya que nuestros discursos académicos comparten la misma episteme en términos foucaultianos. Por eso, Haraway señala que sus estudios sobre la ciencia han estado constantemente guiados por la necesaria «...*confluencia de cuatro posiciones o concepciones, que son: i) la sociología de la ciencia y de la técnica de índole constructivista, que las concibe como prácticas narrativas y ámbitos de lucha por el poder de definir lo existente; ii) algunas tradiciones marxistas, especialmente la que privilegia el punto de vista de los oprimidos como vehículo para*

10 Pero no sólo desde las ciencias humanas se ha elaborado una construcción de género sesgada, sino que este mismo fenómeno podemos encontrarlo en la construcción del género que han elaborado la ciencia biológica o antropológica. Según Haraway (1995: 217): «...*El lenguaje del género en el discurso feminista estadounidense es el de la posición del sujeto sexuado, mientras que en la escritura europea es el de la diferencia sexual...*»

*aclarar lo que ocurre, y la que ve en la ciencia un proceso de trabajo que permite estudiar y cambiar las mediaciones científicas de las relaciones de dominación; iii) la reivindicación tradicionalmente científica de que se puede y se debe decir la verdad de lo estudiado, sin imponerle nuestra voz, esto es, la tentación del realismo; y iv) la aceptación de que, en última instancia, el punto de vista fundamental ha de venir dado por las políticas y las teorías del feminismo y el antirracismo...» (Haraway, 1989: 6-8)*

Haraway (1995: 151-154) pivota entre tres precondiciones (procesos de desmoronamiento de fronteras). El primero es la desaparición, dentro del discurso y de la cultura científica, de límites entre lo humano y lo animal, a la que tampoco son ajenos los movimientos en favor de los derechos de los animales. El segundo se ha ido produciendo con el desarrollo de la cibernética, la robótica y la tecnología en general, que han desdibujado la separación entre organismo (con su autonomía) y la máquina, y han terminado por desbaratar fatalmente la certeza de que sea lo que debe tomarse como naturaleza. Por último, el desbordamiento de la capacidad de producción informática ha roto la separación entre lo físico (lo material, el hardware) y lo no-físico (lo formal, el software). Sus naturalezas parecen ahora difícilmente separables y diferenciables.

Haraway (1995: 72) señala que el psicoanálisis, especialmente mediante la trama edípica, configura una narrativa de la constitución del inconsciente y de la subjetividad excesivamente ligada a un momento histórico (el de pervivencia de la familia nuclear burguesa) y espacio-cultural (la Europa de la industrialización), lo cual le hace especialmente inapropiado si tenemos en cuenta que, lo que, entre otras cosas, pone de manifiesto, es la emergencia de los cyborgs.

La producción teórica de estos varones de clase media, blancos postindustriales (Lyotard, Derrida, Foucault) sigue excluyendo con sistematicidad la cuestión de la diferencia sexual en sus estudios sobre la sociedad, la historia y la cultura occidentales. Ese proceso de disolución del sujeto quizá tuvo una finalidad política oculta: el disolver esa identidad y sus principios organizadores. Fue casi una victoria pírrica para el feminismo, porque esa disolución también le quitó al feminismo la posibilidad de crearse una identidad<sup>11</sup>, bloqueando el desarrollo teórico feminista.

En este sentido, nada del racionalismo queda libre de sexismo, las mujeres han sido y son sistemáticamente excluidas de la teorización del conocimiento y la práctica científica: «...*En estas seductoras posiciones no se ve*

---

<sup>11</sup> De aquí, de esta primera ruptura es que partirían las dos corrientes del feminismo contemporáneo.

*privilegiada ninguna perspectiva interna, ya que todos los esquemas que limitan el conocimiento son teorizados como actitudes de poder y no como actitudes que buscan la verdad...» (Haraway, 1995: 315).*

Si el debate fuese planteado en términos de dominación o diferencia; la existencia del sistema sexo/género en la tradición europea recuperaba el concepto de diferencia (Derrida, Deleuze). De este modo, se afirmaba que no era posible para la mujer la adquisición de un status digno a menos que se posicionase en el terreno de su feminidad por oposición al otro de lo masculino, el que durante siglos ha impuesto el paradigma desde el que la mujer era entendida como lo otro excluido<sup>12</sup>. En otras palabras, no utilizaban el discurso de la igualdad como aquél status que debe ser conquistado, sino el de la diferencia. Y la diferencia sexual es la única diferencia irreducible. La conclusión de Haraway es que buscar la posición de lo femenino nunca habitado propiamente por la mujer sino desde la perspectiva del macho que crea la cultura, sería su consecuencia no deseada, pero consecuencia al fin.

## **Ni sexo ni género. Un aporte al pos marxisme crítico**

El planteo de Haraway es heredero del marxismo, su crítica a la tradición feminista francesa es que no consideran que el objetivo del feminismo de la igualdad sea emancipatorio, pues las mujeres iguales a los hombres no serían mujeres. Al no ser emancipatorio, entonces, limitan el planteo a la lucha por la creación de una escritura femenina, de un pensamiento femenino, pues parten de la idea de la inconmesurabilidad entre los dos géneros y la liberación del femenino por la acción feminista.

La tesis sobre la que se apoya es que los dos sexos son radicalmente diferentes, no sólo en su anatomía sino sobre todo en sus características psicológicas, en el fondo buscando la creación de la categoría de identidad femenina. Haraway (1995) critica la noción de «identidad de género» y la distinción entre «sexo» y «género», que han servido como importantes instrumentos conceptuales feministas pero también como una pantalla para nociones no-examinadas de «sexo», «cuerpo», «naturaleza» y «biología» que permanecen como categorías del pensamiento feminista no teorizadas y (des)historizadas<sup>13</sup>.

12 La lectura de Haraway, como varón heterosexual, me roba la inocencia y me obliga a enfrentar a las raíces mismas del proceso civilizatorio. Pero además nos sitúa en la dura tarea cultural y política de redefinir los conceptos y límites identificadores de lo orgánico y lo artificial, lo interno y lo externo, lo masculino y lo femenino, etc. Es una tarea y un compromiso que no tiene vuelta atrás.

13 Más adelante, Haraway, (1995: 228) afirma, en relación a la idea de sexo/género, que: «...Una «ficción reguladora» básica para los conceptos occidentales de género insiste en que la mater-

En el argumento de Haraway (1995), considerar y marcar las diferencias del sistema sexo-género ha construido un paradigma de análisis biologicista, esencialista y universalista al que denominó, «paradigma de la identidad de género». Éste paradigma, al acentuar la diferencia del sistema sexo/género, no ha producido más que desgracias: «...*El paradigma de la identidad del género era una versión funcionalista y una versión esencializante de la frase de Simone de Beauvoir «una no nace mujer». De forma significativa, la construcción de lo que podría pasar por una mujer (o un hombre) se convirtió en un problema para los funcionalistas burgueses y los existencialistas prefeministas en el mismo periodo histórico posbélico en el que las bases sociales de las vidas de las mujeres en un sistema mundial capitalista y dominado por el hombre estaba siendo reformuladas...*» (Haraway, 1995: 225)

El sistema sexo-género hace referencia a las formas de relación establecidas entre mujeres y hombres en el seno de una sociedad. Analiza las relaciones producidas bajo un sistema de poder que define condiciones sociales distintas para mujeres y hombres en razón de los roles y funciones que les han sido asignadas socialmente y de su posición social como seres subordinados o seres con poder sobre los principales recursos.

Este sistema dualista, está representado por otro que lo sustenta, el par binario naturaleza/cultura, puesto que el sexo se relaciona con la biología (hormonas, genes, sistema nervioso, morfología) y el género con la cultura (psicología, sociología). Así pues, el género es socialmente construido y el sexo biológicamente determinado. Haraway crítica la separación entre sexo y género porque instaura una brecha irreconciliable entre lo cultural y lo biológico.

Negar desde un principio la validez del binomio naturaleza/cultura como categoría que sustente el binomio sexo/género, redundaría en la inutilidad de seguir sosteniendo tal dicotomía. El binomio que distingue naturaleza de cultura está inmerso en el paradigma de la identidad genérica que, a su vez, refleja la ideología liberal sustentada en el racismo biológico: «...*La negativa a convertirse o a seguir siendo un hombre o una mujer «generizados» es una insistencia eminentemente política en salir de la pesadilla de la narrativa imaginaria-demasiado real- del sexo y de la raza...*» (Haraway, 1995: 250)

Disolver los dualismos por andrógenos es un objetivo político. En este sentido, la crítica posmoderna, adscribe a una perspectiva postestructuralista

---

nidad es natural y la paternidad cultural: las madres hacen bebés de forma natural y biológica. La maternidad se ve, la paternidad se deduce...»

que pretende disolverlos y que, sin embargo, busca alguna especie de verdad totalizadora en último extremo<sup>14</sup>.

El constructivismo de Haraway hay que buscarlo en las tres dicotomías que intenta disolver: humano/animal, humano/máquina y físico/no físico. El cyborg es una figura que utiliza para mostrar como ésta, el cyborg, es una entidad que ha superado las dicotomías, así como el sistema sexo/género como categoría explicativa y se adentra en las fusiones ilegítimas como forma de ontología política.

En «El manifiesto cyborg» (1995), Haraway plantea una clara posición política: «...es un canto al placer en la confusión de las fronteras y a la responsabilidad en su construcción...» (Haraway, 1995: 13). En ese párrafo, la autora nos reclama un acto de intervención y moralidad, de responsabilidad; es una alarma, un grito para que no se deje la construcción de los límites postmodernos en manos de las corporaciones multinacionales, los especialistas médicos o los magnates de los medios de comunicación. Vista así, la figura del cyborg, también es «...nuestra ontología y nos otorga nuestra política...» (Haraway, 1995: 254).

Sin embargo, se trata de una política que no acentúa las diferencias, sino que las disuelve, rompiendo límites entre lo orgánico/inorgánico, habiendo trascendido las deficiencias de un feminismo que acentúa las diferencias<sup>15</sup>.

Poner énfasis en la diferencia sexual como generadora de una política, refuerza la discriminación sexual que perpetúa roles asociados al sexo y acentúa las diferencias cultura/naturaleza, manteniendo los posicionamientos tradicionales en que cada sexo estaba inscrito, sin posibilidad de inversión de los términos: lo femenino reducido a lo natural y la cultura propiedad masculina, la capacidad abstractiva y de mando.

Por esto, el discurso de la diferenciación sexual refuerza un discurso androcéntrico en el que las mujeres perpetúan su papel de inaccesibilidad a la cultura. Rebelarse contra la identidad sexual es rebelarse contra un paradigma obsoleto y monotemático que excluye variables como el sexo o la raza en el análisis. Estas variables son indispensables en el análisis de Haraway, huyendo así de la dicotomía naturaleza/cultura y de un posicio-

---

14 La afiliación de Haraway al marxismo según interpreta Harding (1996: 169), es parte del problema, ya que pretender invalidar las grandes teorías desde la posición postmoderna no es congruente con una visión marxista. La misma Haraway reconoce que tiene una posición ambivalente en relación al construccionismo.

15 Para Haraway, acentuar la diferencia del sistema sexo/género ha sido un problema más que un avance. El feminismo francés de la diferencia, buscando la creación de la categoría de identidad femenina, afirmaba que ambos sexos son radicalmente diferentes en cuanto a anatomía y características psicológicas. Existe un pensamiento y una escritura femeninas y el sexo no es una construcción social, sin embargo, el sexo también es una construcción social.

namiento ante la ciencia exclusivamente femenino. La búsqueda de una identidad genérica es, para Haraway, el principal obstáculo para el desarrollo de los planes emancipatorios de la ciencia, es el «cierre metafísico de identidad» (Haraway, 1995: 249).

El cierre metafísico es aquella acción por la cual el género queda atrapado en un sexo y en una identidad. Para Haraway, la identidad, «...*incluida la autoidentidad, no produce ciencia. El posicionamiento crítico sí, es decir la objetividad*» (Haraway, 1995: 332).

La posición de Haraway huye de la universalidad y es en «las políticas y las epistemologías de la localización, del posicionamiento y la situación» donde puede lograrse un conocimiento racional. Porque el conocimiento es siempre situado y la única posibilidad de encontrar una visión más amplia es ubicándonos en algún sitio en particular. «*La cuestión de la ciencia en el feminismo trata de la objetividad como racionalidad posicionada*» (Haraway, 1995: 339). Aboga por un posicionamiento femenino que parte de una política marxista/feminista en la intervención de los sistemas técnicos y culturales de la sociedad. La cuestión es qué forma de visión proporcionará esta objetividad y, para la autora, es únicamente aquella visión que se sitúa en el subsuelo, la posición del subyugado que aportaría esa parte sesgada de la investigación científica en la que no estuvo incluida.

Los subyugados no poseen identidades fijas y delimitadas, sino que en sus yoes divididos y contradictorios, yoes postmodernos que aceptan la fusión con el animal o la máquina, se encuentra el potencial emancipatorio, el punto de vista privilegiado que puede proporcionar objetividad, racionalidad. «...*ciertos dualismos han persistido en las tradiciones occidentales; han sido todas sistémicas para las lógicas y las prácticas de dominación de las mujeres, de las gentes de color, de la naturaleza, de los trabajadores, de los animales, en una palabra, la dominación de todos los que fueron constituidos como otros, cuya tarea es hacer de espejo del yo...*» (Haraway, 1995: 304).

En la figura del cyborg, Haraway resuelve problema de la configuración de una ciencia sucesora que trascienda las dañinas dualidades sujeto/objeto, interior/exterior y razón/emoción de la ciencia ilustrada: «...*No existe impulso en los cyborgs para producir una teoría total, pero sí una experiencia íntima de las fronteras, de su construcción y de su deconstrucción. Existe un sistema de mitos a la espera de ser un lenguaje político que sirva de semilla a una forma de mirar la ciencia y la tecnología y que amenaza a la informática de la dominación, para actuar poderosamente...*» (Haraway, 1995: 310).

Haraway discute el feminismo pero, sin quererlo, pone fin a los planteos construccionistas, al mostrar cómo la pretendida objetividad del método

científico es una falacia, pura retórica que convierte en cháchara a la epistemología. «*La ciencia es un texto discutible y un campo de poder. La forma es el contenido*» (Haraway, 1995: 317). En otro sentido, lo que queda planteado es la democratización de la ciencia y el saber científico.

Se podrá argumentar que el planteo de Haraway es construccionista, y lo es, ya que, en cierto sentido, todo es construcción humana o humanamente construible. Haraway denuncia a los dualismos del pensamiento occidental: sujeto/objeto, naturaleza/cultura, racional/irracional, etc. y no privilegia ninguno de los términos que componen el binomio. En última instancia, ahora los podemos comprender como dos momentos fenomenológicamente posibles de un mismo proceso social.

La figura del cyborg es metodológica, política, normativa. Es la solución al problema concreto del sujeto que, independizado del cuerpo (posmodernidad), se puede autorregular a partir de desenmascarar con una ficción real (cyborg) a la realidad de la ficción: la ciencia como algo que no está cruzado por el género, la clase social o la raza.

La miniaturización de las máquinas, que las termina configurando a base de ondas electromagnéticas y minúsculas superficies para la escritura, como son los chips de silicio, ha alterado radicalmente las relaciones entre tres elementos centrales de nuestra civilización: el poder, la escritura y la tecnología. Sus naturalezas parecen ahora difícilmente separables y diferenciables. Quizá, por recuperar las resonancias de la dimensión religiosa, pudiéramos equiparar la emergencia de los cyborgs a una epifanía que estos tres procesos alimentan contingentemente.

## **Teorías del género y sexismo en la educación superior.**

El concepto de ideología, incluso en su tradición materialista histórica, es el resultado de una ideología androcéntrica de la ciencia que plantea como necesarios los dualismos: cultura/naturaleza, mente racional/cuerpo preracional, objetividad/subjectividad. A la primera parte de cada par, se la identifica con lo masculino e invariablemente sirve para ir construyendo una constelación de creencias que estructuran las políticas y prácticas de las instituciones sociales. Es inaudito o, mejor dicho, es resultado de una estructura sexista del mundo académico, que el feminismo, con todos estos aportes, no constituya al menos una unidad en todos los programas de metodología de nuestras universidades.

Lo que hemos intentado mostrar es que el feminismo tiene una metodología y un arsenal teórico que es indispensable debatir, e incluso enriquecer, porque su núcleo parecería más abierto, más crítico que el núcleo de los

actuales edificios del pensamiento occidental. Ese pensamiento heterosexual y sexista, es un pensamiento androcentrado, y ni siquiera toma en consideración que la clase social del investigador sea importante. En términos de objetividad de la ciencia, queda claro que la identidad social del observador no es irrelevante para los resultados de la investigación.

Si estamos de acuerdo en que la identidad social del observador, como indica Haraway, es relevante en los resultados de la investigación, entonces el grupo social de las mujeres tendría una incidencia menos sesgada que el grupo social de los hombres, sobre todo si esos varones somos heterosexuales. Por otro lado, la propia capacidad de la ciencia (o del discurso) y de sus normas metodológicas, es producto de relaciones androcéntricas y, por ende, son incapaces de cuestionarse los sesgos androcéntricos, por lo que las mismas normas y estructuras académicas están androcéntricamente sesgadas, ergo, no podrían detectar el androcentrismo ni aunque lo tuvieren en la punta de la nariz.

El género es la categoría de análisis que permite descifrar el orden sociocultural pre-configurado sobre la base del sexo. Es decir, analiza la construcción simbólica de los atributos asignados a las personas a partir de su sexo, tratando de indagar en las características físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, jurídicas, políticas y culturales definidas, casi de manera genérica, cuando el sujeto nace. El género, en un sentido amplio, se refiere a los roles socialmente construidos, comportamientos, actividades y atributos que una sociedad considera como apropiados para hombres y mujeres y que configuraría la ontología (teorías sobre el ser) y epistemología (teorías del conocimiento) de un individuo, así como la maquinaria intelectual con la que se perciben las cosas, atribuyendo significados cargados de género.

La perspectiva de géneros, tal como plantean Butler o Haraway, es una herramienta metodológica y teórica. Son perspectivas de frontera, son una herramienta fundamental para la crítica a los modos naturalizados de ver los objetos adquiridos a lo largo de la formación disciplinar, produciendo una mirada diferente sobre los objetos considerados habitualmente y sobre la manera de tratarlos. Lo que se pone en cuestión con la perspectiva de géneros es la presunta armonía preestablecida entre división y visión del mundo. El género, pone en debate lo que se presenta en apariencia como evidente.

Una tesis pausable es que la estructura sexuada de la ciencia da como resultado que las teorías y categorías, incluso nuestra cultura, sean el resultado de una visión androcéntricamente sexuada del universo. Por este motivo, tanto los contenidos como las prácticas científicas y académicas que man-

tienen, poseen un carácter sexista que se expresa entre docentes y estudiantes (relaciones sociales de desigualdad entre profesorado y estudiantado, que son otra expresión de la división primaria sobre la que se estructura el sistema de sexo/género); en la organización jerárquica androcéntrica de la institución (aulas, facultades, comisiones, consejo universitario, etc.).

Uno de los efectos visibles de esa estructura sexuada de las Instituciones académicas es que, aunque cada vez más mujeres acceden a la universidad como estudiantes y como docentes, esto no se ha traducido en una reorientación asexuada de las opciones profesionales o académicas, lo que ha redundado en la desvalorización de determinadas ramas, especialidades o carreras con predominio de matrícula femenina. Esta estructura es sexuada, a pesar de la legislación internacional y de los discursos, que se autorepresentan con la intención de organizar una nueva institución académica libre de sexismo. En otras palabras, libres de la desvalorización de lo que son o hacen las mujeres y todes aquellos que no desean someterse a la androfagia y que solamente cuestionan una forma racionalidad. Se trata de Universidades que sean capaces de crear las condiciones para repensar el modo en que se viene abordando, desarrollando y haciendo ciencia.

Al referirnos a una estructura sexuada de la vida universitaria lo que queremos decir es que las universidades son sexista. Y lo son, porque no podemos esconder que la educación universitaria está atravesada por el currículo oculto, cuya estructura general se basa en la creencia de que existen estereotipos de géneros que cursan como naturales y normales, y que limitan a todes.

En este contexto, es más que esperable que, aunque existe un predominio de mujeres en las instituciones universitarias, al día de la fecha no haya existido un claro cuestionamiento a la idea de padres fundadores de una disciplina académica. La estructura sexista de la ciencia también toma consistencia en los autores –en su mayoría con nombres de varón– que predominan por sobre las autoras mujeres en las bibliografías.

Lo que nos interesa destacar acá, son algunas de las consecuencias del proceso de feminización de la educación en el contexto de una civilización heteropatriarcal.

Al referirnos a feminización en la educación superior, queremos significar que la mayoría de los asientos de las aulas de las facultades y escuelas universitarias están ocupados por mujeres. Para les profesionales de ciencias sociales, en los tiempos presentes, este es un tema que cobra y cobrará importancia, porque más que una realidad cuantitativa (que también lo es) es una realidad sociocultural que supera las cifras.

Una hipótesis al respecto es que la presencia de mujeres, tanto estudiantes como profesionales, disloca las creencias, las normas y los prejuicios sobre los papeles socioculturales asignados que presuponen cualidades innatas sobre las mujeres y los hombres.

Las personas no tenemos las mismas oportunidades y el sistema universitario es como otros sistemas: un sistema sexista. Por eso, al día de hoy y a nivel mundial, se mantienen las tendencias a concebir a algunas carreras como masculinas y a otras como femeninas.

La fuerza de los estereotipos sexistas -cada vez menos fundados sobre la «inadaptabilidad» de las mujeres a los trabajos científico-técnicos de alto contenido tecnológico o en ramas tradicionalmente consideradas como «masculinas»- siguen manifestándose, y han sido una de las limitantes de la profesionalización y trabajo femenino en otras especialidades, condicionando la baja autoestima y la «reticencia» femenina aprendida en su proceso de socialización que comienza en la familia y continua en todos los niveles educativos respecto a las opciones científico-técnicas básicas (ciencias duras así llamadas) que se asocian más con lo masculino.

Consideramos que los cambios en la concepción de la sexualidad, el feminismo, los desarrollos teóricos y los cambios asociados, permitieron una mejora significativa en las condiciones de acceso a la educación superior y a las ciencias para las mujeres. Esto hace que estemos atravesando un proceso donde los estereotipos de géneros están cambiando y las consignas tradicionales están siendo resignificadas, pero todavía no terminan de consolidarse las nuevas. En las Universidades, las ideas de igualdad están siendo introducidas con fórceps y aún estamos lejos que el principio de la igualdad entre los sexos traspase al resto del tejido social.

En las universidades, existen preconceptos a partir de los cuales se siguen reproduciendo el par dicotómico dominación masculina/subordinación femenina, que se expresa de diferentes formas (conocimiento sexista, discriminación, segregación, auto/exclusión e incluso en violencia) en todos los ámbitos (además en la educación, también en lo político, económico, cultural, social) y que desemboca, en la práctica, en la asignación de roles socioculturales que todos internalizamos como naturales y normales.

Las mujeres concurren mayoritariamente a una estructura universitaria y concentran su participación en las especialidades que tradicionalmente se han llamado femeninas, en general son las llamadas ciencias sociales y educación, que las ubican preferentemente en servicios sociales (promoción, intervención, entre otras) y educativos (sobre todo en preescolar, primaria y menos en secundaria). No es que se denigre a estas profesiones,

sino que la sociedad necesita y/o pierde también el aporte de las mujeres en las carreras consideradas aún masculinas, y viceversa.

Las instituciones universitarias representan, como todo el sistema científico y tecnológico, una expresión más del sistema heteropatriarcal. Este sistema binario se desarrolla a partir de la desigualdad de géneros porque naturaliza el poder del macho (hombre/adulto/ heterosexual). Esa naturalización fue posible por medio de un proceso de violencia antropológica del ser humano que quedó desmembrado en pares antagónicos. Bueno/malo; deseable/indeseable; etc. Esta estructura es la precondition para la comprensión monoglósica del mundo. El macho, el que todo lo puede: sobre esa imagen irreal del ser humano se construyó la idea de que el HOMBRE podía dominarlo todo, incluso a la MUJER. Pero no pudo.

Seamos honestos: el acceso a la formación universitaria<sup>16</sup> y los sistemas de becas están basados en un concepto de mérito y en un uso político sexista de la idea de meritocracia. Porque la meritocracia es el conjunto de instrumentos que sesgan a favor de un tipo de ser humano: con pertenencia a familias de medianos o altos ingresos, heterosexuales y varones. Por lo anterior, las políticas de inclusión educativa deben corregir o disminuir los efectos de la primacía de valores como excelencia y mérito asociados a lógicas excluyentes. Es decir, a lógicas heterosexualmente centradas, porque estas lógicas reproducen la desigualdad social de un orden basado en normas estrictas de género, que excluyen a todo lo que se ubica por fuera de esas normas.

En este sentido, sería deseable poder autoproclamarnos como cyborgs, tal como Haraway entendió el término. Es decir, no pretendemos llegar al uso de un lenguaje asexuado común, aunque es una idea sugestiva; sino que se trata de dar lugar a una poderosa e infiel heteroglosia. Se argumentará que esto es incompatible con el actual orden cultural. Y, seguramente, tendrán razón. Una razón sexista, heterosexuada y heterosexuante, autoritaria y negadora de las diferencias. La figura del Cyborg no es una forma de pensar más femenina, sino que es pensar que no existe una femineidad, sino femineidades. Es animarse a hablar un lenguaje feminista pero en lenguas que llenen de miedo a los machos salvadores que suelen llegar tanto de la

---

16 Actualmente estoy llevando un trabajo donde critico el sesgo del sistema universitario, en el afirmo: «...La realidad, sea dicha, es que nuestras universidades e institutos han tendido a producir un tipo específico de intelectual y de pensader que se molesta fácilmente ante los esfuerzos de reflexión o ante el pensamiento crítico. Y entiéndase que para este tipo ideal de académique; pensamiento crítico es todo aquello que se opone a ciertas convicciones o convenciones consensuadas por ellos mismos. Porque, aceptemos que pensar críticamente, está prohibido para le stablishment, que por algún motivo se ha autoproclamade guardianes del pensamiento. Pensar críticamente es un tabú en el mundo intelectual de hoy...» (Del Valle, 2020: 50)

derecha como de la izquierda. Porque, aunque todes pretendamos bailar juntos, sería preferible repetir con Haraway: preferimos ser unes cyborgs a unes dioses.

## Bibliografía

- BAJTIN, Mijaíl (1981), *The dialogic imagination*, University of Texas, Texas.
- BLECHNER, Mark, J. (1995), «The shaping of psychoanalytic theory and practice by cultural and personal biases about sexuality». En T. Domenici y R. Lesser, (eds.) *'Disorienting Sexuality.'* (en inglés) Nueva York: Routledge, pp. 265–288.
- BLECHNER, Mark, J. (2009), *Sex Changes: Transformations in Society and Psychoanalysis*, Taylor & Francis, Nueva York y Londres.
- BUTLER, Judith (1990), *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*, Nueva Cork, Routledge. Hay una versión española de 2001, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Buenos Aires, Paidós, las citas fueron realizadas siguiendo la versión original.
- BUTLER, Judith (2002), «Críticamente subversiva», en Rafael Mérida Jiménez, *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, Icaria, Barcelona.
- BUTLER, Judith, LACLAU, Ernesto y ZIZEK, Slavoj (2003), *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- CALVO, Yadira (2012), *Terminología Feminista*, Uruk Editores, Costa Rica.
- CHÁVEZ CARAPIA, Julia del C. (2004), *Perspectiva de género*, Escuela Nacional de Trabajo Social, Universidad Nacional Autónoma de México y Plaza y Valdés ed., México.
- DEL VALLE, Alejandro (2020), *Apuntes para una crítica varonil de la economía política de la pos pandemia. Modernidad, Posmodernidad y 'a-modernidad'* ft Alejandro Del Valle, INÉDITO.
- ETTINGER, Bracha L. (2006), *The matrixial borderspace*, University of Minnesota Press, Minneapolis, MN.
- FREEMAN, Marsha A.; CHINKIN, Christine; RUDOLF, Beate, eds. (2012), *The UN Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women: A Commentary* (en inglés). Oxford University Press.
- GROSZ, Elizabeth (1990), *Jacques Lacan: A Feminist Introduction*, Routledge, Nueva York.

HARAWAY, Donna J. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*, Madrid, Cátedra. Original de 1991, *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*, Free Association Books Ltd., London.

HARAWAY, Donna J. (1989), *Primate Visions. Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*, Routledge, Londres/Nueva York.

KRISTEVA, Julia (1982), *Powers of horror, An Essay on Abjection*, Columbia University Press, New York. Hay una versión castellana de (2004), *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis Ferdinand Celiné*, Siglo XXI Ed, España.

LLAMAS MUÑOZ, Ricardo (1998), *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a la «homosexualidad»*, Siglo XXI, Madrid.

SUNIGA, Natalia C. (2015) «El falo en disputa. Judith Butler, lectora crítica de Jacques Lacan», en *Diferencia(s)* revista de teoría social contemporánea N°1, AÑO 1, NOVIEMBRE, Argentina.